

de la Garza Toledo, Enrique. Introducción. En publicación: Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina. Enrique de la Garza (compilador). Colección Grupos de Trabajo, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2005. 224 p.

Disponible en la web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/sindi/intro.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red de Centros Miembros de CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

INTRODUCCIÓN

DEL CONCEPTO AMPLIADO DE TRABAJO AL DE SUJETO LABORAL AMPLIADO

LOS LÍMITES DEL CONCEPTO RESTRINGIDO CLÁSICO DE TRABAJO

La heterogeneidad de las formas del trabajo no es una novedad ni en el capitalismo ni en modos de producción anteriores. Dos concepciones teóricas, relacionadas con el avance del trabajo asalariado en las sociedades modernas, llevaron a la visión restringida del concepto de trabajo. Una fue la neoclásica, para la cual no hay otro trabajo a considerar sino el asalariado, el que se compra y se vende por un salario. La otra fue la marxista clásica, donde el concepto de trabajo no queda restringido al asalariado, y se reconoce como trabajo a toda actividad relacionada con la riqueza material de la sociedad, no sólo con la generación de valores de cambio. Sin embargo, el mismo fenómeno socioeconómico de avance del trabajo asalariado capitalista en el siglo XIX que sirvió de terreno empírico a los neoclásicos para pensar el concepto restringido de trabajo implicó para el marxismo no la exclusividad, pero sí el privilegio del trabajo asalariado capitalista, que es una de las formas del trabajo asalariado, el que implica, además de la compra-venta de fuerza de trabajo, el que el trabajo genere valores de uso dedicados al intercambio en el mercado. Por otra parte, la producción capitalista en el siglo XIX se podía realizar en forma manu-

facturera (sin implicar el maquinismo) o en forma maquinística, con la consecuente subsunción formal y real del trabajo al capital. Este tipo de trabajo asalariado capitalista, que genera plusvalía y que se realiza maquinísticamente con grandes concentraciones de obreros, fue privilegiado por el marxismo, porque se suponía que en estas condiciones de explotación y alienación modernas surgiría con mayor probabilidad el sujeto obrero que encabezaría la revolución anticapitalista. Es decir, el privilegio de cierto tipo de trabajo por parte del marxismo no se justificaba únicamente a partir de su teoría de la producción y del mercado, sino de cómo podría surgir el sujeto de la revolución. Lo anterior no implica que se ignorase que coexistían con el obrero industrial de la gran empresa otros trabajadores en empresas capitalistas de servicios, agricultura e incluso ubicados en formas productivas no capitalistas al mismo tiempo. La Sociología del Trabajo es heredera de preocupaciones semejantes y trata, influenciada por el marxismo como en P. Naville, Friedman e incluso en Touraine, y a pesar de su disputa con el mismo, de construir una teoría alternativa igualmente preocupada por la constitución de sujetos obreros alternativos. Esta Sociología del Trabajo también privilegió como objeto de estudio al obrero industrial de la gran empresa, se preocupó por sus reestructuraciones, pero dirigió poco la mirada hacia otros sectores de trabajadores. De tal manera que la mayoría de los conceptos acuñados por esta disciplina siguen arrastrando sus orígenes industriales y modernos. En estas preferencias también había un evolucionismo explícito o implícito, en donde la gran empresa habría de barrer con formas precapitalistas de producción, y el proceso de proletarización casi se universalizaría con el desarrollo del capitalismo. Pero desde hace varios decenios, el empleo en la industria en el mundo ha disminuido en favor de los servicios, las micro y pequeñas empresas en el tercer mundo no han tendido a disminuir, y los trabajos precarios se han incrementado, junto a la aparición de nuevas calificaciones. Es decir, la importancia de los trabajos no clásicos se ha incrementado.

La importancia clásica del trabajo asalariado en la gran industria derivaba de la constatación de su relevancia en la creación del producto nacional, al menos en los países desarrollados, pero también de la identificación entre estructura productiva y sujeto. Esto frente a la decadencia en el primer mundo del empleo agrícola y la aparición todavía incipiente de servicios modernos. Y, efectivamente, países des-

arrollados, como los del Norte de Europa, se convirtieron en la primera mitad del siglo XX en sociedades de asalariados industriales.

Sin embargo, la emergencia primero de los servicios modernos y precarios, y luego de muchas otras actividades precarias, asalariadas o no, abre una brecha en las teorizaciones y conceptos clásicos sobre el trabajo. Por un lado, la necesidad de incorporar a los servicios al análisis de las ocupaciones y los procesos productivos introduce especificidades que hacen dudar de algunas de las características clásicas del trabajo como algo universal: si los servicios implican que el producto no es separable de quien lo produce o quien lo consume, es decir, que el proceso productivo implica compactaciones entre la actividad del trabajador que lo produce en el momento de su generación, la distribución a los consumidores y el acto del consumo, esto significa una reformulación de quiénes son los actores en el proceso productivo. Si el servicio es capitalista, seguirán presentes trabajadores asalariados y empresarios, con los respectivos mandos medios, pero entrará de manera directa en el proceso de producción un tercer actor que no se presenta como asalariado ni como patrón: el consumidor, el usuario, etc. Y entra de manera directa porque el producto –salud, educación, servicios bancarios, de restaurante, de transporte– no se puede generar sin su presencia en momentos clave del proceso de producción. Dado que estos servicios no se pueden almacenar, tienen finalmente que consumirse en un momento de la producción. De tal modo que la manera de consumir es al mismo tiempo forma de producción, y especialmente, complica el problema de las relaciones sociales y de poder dentro del proceso de producción.

Por otra parte, el surgimiento de muchos *servicios productivos* para las empresas –de reparación, diseño, ingeniería, etc.– abre la posibilidad de una extensión de la manufactura directamente hacia servicios que incorporan valor al producto material o inmaterial final. Vistos en forma aislada, habría que separarlos de la manufactura, cuando en realidad son parte integrante de la valorización en la misma. Es decir, dentro de la propia manufactura se complica la noción de proceso productivo y de cuáles son sus límites, y esto sin considerar las labores ahora frecuentes de subcontratación.

La situación se complica cuando se considera un nivel menos abstracto y más actual del trabajo de distribución, que podría agregar nuevo valor al producto al considerar que este valor tiene un aspecto material y otro de carácter simbólico.

Otro tanto sucede con el campo de la reproducción de la mano de obra diferenciada de la producción material fabril o de los *servicios fabriles*, concepto que puede ser discutible pero que remite al originario de fábrica, acuñado para la industria. El concepto de dependencia de la máquina puede mover a ampliar dicho concepto de fábrica a los servicios, para no subsumir a los servicios modernos simplemente en el de empresa, que es sin duda menos analítico que el de fábrica. Antaño, en el trabajo del campesino o del artesano, pero también en las unidades micro, en el trabajo a domicilio, en el del autoempleado, en el trabajo familiar, los espacios reproductivos con creación de valor y los de reproducción genérica de la fuerza de trabajo, como alimentarse, dormir, esparcimiento y cuidado de los hijos, se superponen. Y este antiguo fenómeno, opacado ante la fábrica capitalista que segmentó los tiempos y espacios de producción de los de reproducción genérica, no recibió la debida atención desde el punto de vista productivo, reproductivo y para la constitución de subjetividades y acciones colectivas.

Finalmente, la sociología y la antropología, específicamente aquellas corrientes críticas de la alienación capitalista, tuvieron en mente la dorada época de la comunidad pequeña, con relaciones cara a cara, y vieron en estas las fuentes de la constitución de la sociedad y de la propia subjetividad. Los conceptos de mundo de vida (contrapuesto al de trabajo en Habermas), interacción simbólica e intersubjetividad de Shutz, remiten a estos microniveles en las relaciones sociales que son vistas como constitutivas del todo social. Pero la constitución de subjetividad y de identidad, incluso la conformación de formas de acción colectiva, pueden no requerir del cara a cara entre los sujetos individuales. Dicha identidad puede surgir a través de los medios de comunicación masivos, de las telecomunicaciones, de Internet, y no necesariamente tiene que cristalizar en la manifestación o el motín callejeros. Así sucede con una parte de los trabajos actuales todavía minoritarios, en los que los canales de constitución del colectivo de trabajadores se dan a través de una red virtual sin el cara a cara de antiguos trabajos, que por otra parte siempre fue exagerado, sobre todo en empresas tradicionales muy grandes, cuya distribución funcional de tareas limitaba el cara a cara a los trabajadores de la misma sección. Es decir, en los teletrabajos se transita del cara a cara a la pantalla-pantalla, aunque detrás hay hombres y no simplemente sistemas informáticos.

Las interfases entre trabajo y no trabajo, y la nueva importancia de los trabajos no industriales, llevan sin duda al concepto ampliado de trabajo: implican un objeto de trabajo, que puede ser material o inmaterial, en particular la revalorización de objetos simbólicos de trabajo; una actividad laboral que no sólo implica lo físico y lo intelectual, sino más analíticamente las caras objetiva y subjetiva de dicha actividad. Esta actividad es finalista, dado que supone que el producto existe, como decía Marx, dos veces: una en la subjetividad y otra objetivada, aunque las objetivaciones pueden serlo también de los significados. La conexión entre medios y fines en el trabajo pone en juego a todos los campos de la subjetividad y no sólo a los de carácter cognitivo o bien científicos, en particular porque trabajar es relación con objetos que pueden provenir de la naturaleza, pero específicamente es interacción social de manera inmediata o mediata, con sus componentes físicos y subjetivos. La especificidad de cada trabajo no proviene de las características del objeto, ni de las actividades mismas, ni del tipo de producto, sino de la articulación de este proceso de producir con determinadas relaciones sociales amplias, con relaciones de poder, de interés, de influencia, culturales.

Finalmente, los límites entre trabajo y no trabajo no son naturales o universales, sino que dependen de las propias concepciones sociales dominantes en este respecto.

TRABAJO Y CONSTITUCIÓN DE SUJETOS LABORALES

En teorías estructuralistas en desuso se pensó que la situación estructural, en particular en determinadas estructuras productivas, era lo más determinante en la constitución de sujetos sociales, de sujetos por esto laborales. Es decir, que las condiciones de explotación, de alienación y de control sobre el proceso productivo determinarían la conformación de uno o más sujetos laborales. Sin embargo, el estructuralismo está oficialmente muerto, aunque saca la cabeza continuamente, de manera vergonzante, en teorías actuales. Hay gran consenso acerca de que no bastan las situaciones estructurales para explicar la identidad y la acción colectiva. Que al estructuralismo le falta, al menos, la mediación cultural y subjetiva, aunque la postmodernidad tampoco prueba en forma suficiente que el mundo del trabajo ha dejado de ser importante para muchos habitantes de este planeta. La propuesta del cambio del *homo faber* al *homo mall* y del consumo habla más de un sector minoritario de *yuppies* que de la mayoría de

los humanos. Las predicciones del fin del trabajo no se han cumplido ni en su forma optimista –aumento del tiempo libre con trabajos automatizados– ni en la pesimista –sociedad del vagabundaje sin oficio ni beneficio ante la falta de puestos de trabajo por la automatización. La reducción del tiempo de trabajo en el neoliberalismo no es apreciable, y la competencia acrecentada en los mercados requiere de una marcha atrás de las últimas tendencias del estado benefactor tardío, sobre todo frente a las largas jornadas en el tercer mundo. Tampoco la gente que no encuentra empleo en el sector formal permanece en la inactividad, ya que menudean los trabajos a tiempo parcial, por horas, por temporada, los de los migrantes, los informales, los no estructurados, los precarios. No es la sociedad del no trabajo, sino la de la polarización entre las ocupaciones modernas bien remuneradas con altas y nuevas calificaciones, y las precarias, inseguras, y mayoritarias en el mundo. Es decir, la utopía neoliberal no se ha cumplido, la mayoría de la humanidad no ha transitado hacia la sociedad de la información, ni a la nueva economía, ni a la flexibilidad creativa de manera generalizada, sin desconocer la existencia al mismo tiempo de estas nuevas realidades.

El problema de fondo siempre ha sido que en la constitución de identidades y movimientos sociales no sólo influye el mundo del trabajo, sino otros mundos de vida y otros niveles de realidad de segundo o tercer orden, diferentes del cara a cara. De estos niveles pueden importar sus presiones estructurales, pero la conformación de sujetos colectivos no depende sólo de aquellas, porque entre estructura y acción social media la subjetividad, entendida como proceso de dar sentido que echa mano de códigos culturales a través de la formación de configuraciones de sentido para las situaciones concretas, en un espacio viable de significaciones más que de determinación cultural. En esta medida, la eficiencia de las estructuras y vivencias del mundo del trabajo puede ser variable en la conformación de identidades y acciones colectivas, porque un trabajador no sólo comparte con otros el espacio laboral sino que tiene interacciones y experiencias en otros mundos, articulados de manera inmediata o no con el del trabajo. Además, la identidad no se da en abstracto sino con respecto a determinado problema, espacio de relaciones sociales o enemigo. Así, un mismo individuo puede compartir identidades colectivas con diferentes sujetos y, en esta medida, accionar colectivamente en diversos espacios. De tal forma que la eficacia de la vida laboral tendrá que probarse en concreto más que suponerse en todos los casos; punto de

vista que no coincide con el opuesto a la determinación laboral, el de nuevas determinaciones identitarias en el consumo, en el ocio o en la familia: para estos mundos de vida también estamos obligados a probar su pertinencia en los movimientos sociales concretos. De esta manera, resulta improcedente la tesis del fin de la acción obrera por la heterogeneidad de las ocupaciones que impedirían la formación de identidades colectivas amplias, simplemente porque estas no pueden depender solamente del espacio laboral y porque la identidad es siempre *para*, no *en sí*. No se trata de soslayar la nueva heterogeneidad laboral, pero tampoco de atribuirle tramposamente la determinación última de la identidad colectiva.

Las identidades y acciones colectivas pueden tener relación intensa o débil con la vida del trabajo. Además, los mundos del consumo, del esparcimiento, de la familia, pueden reconocer superposiciones con las actividades productivas. Es decir, a un concepto de trabajo ampliado debe seguir otro de sujetos laborales ampliados. Los sujetos laborales ampliados no son aquellos cuya acción colectiva depende fundamentalmente de la experiencia, organización, demandas laborales, específicamente en torno de la relación capital-trabajo: esta es la concepción estrecha de trabajo y de sujeto laboral. La concepción ampliada implica que puede haber eficiencia identitaria también en los trabajos no capitalistas, con sus demandas y formas de lucha y organización, pero también que los sujetos se pueden constituir en territorios y tiempos no laborales, aunque teniendo un pie, o una uña, de vinculación con lo laboral ampliado. Puede ser el caso de movimientos de desempleados que no luchan por su reinstalación sino por la apertura de nuevas fuentes de empleo. En estos casos, su actividad e identidad no se conforman en torno de una relación laboral específica sino que se ubican en el sistema capitalista en su conjunto, y su acción se dirige en contra del gobierno y sus políticas económicas y de empleo; su espacio y tiempo de protesta no son la empresa ni el tiempo de trabajo, sino la calle, el barrio, la plaza pública. Detrás, aunque no de manera inmediata, están sus experiencias laborales, pero también la familia, el barrio, el consumo; a veces los sindicatos pueden ampliar su organización para incluirlos, pero esto no es necesario para que lleguen a realizar acciones colectivas. Sus demandas no van en contra de un patrón en particular sino en contra de la sociedad de la polarización entre pocos ganadores y muchos perdedores.

Vivir del trabajo no garantiza sentirse identificados, y la mayor parte de los humanos tienen que vivir del trabajo, aunque este sea

muy precario o de tiempo parcial. Vivir del trabajo supone que se participa en un mundo de vida que es importante aunque sólo sea por el ingreso recibido a través de esta actividad. Se pueden tener sentimientos diversos con respecto al mundo del trabajo (amor, odio, indiferencia), pero su eficiencia en el individualismo, la solidaridad, lo comunitario, la acción colectiva, tendrá que investigarse en situaciones concretas más que pretender generalizarse en abstracto. Asimismo, seguramente, no basta con analizar las presiones y experiencias en un solo mundo de vida para explicar la emergencia de la acción colectiva. En otras palabras, la diversidad de experiencias de trabajo y de no trabajo, compartidas no obstante en determinados niveles de abstracción, puede contribuir a las formas de dar sentido de los participantes en estos espacios de relaciones sociales y a la conformación de sujetos sociales diversos. Estos sujetos, no por principio postmoderno, tienen que permanecer desarticulados. La desarticulación del cara a cara puede llegar a articularse a través de sus prácticas en formas virtuales o simplemente imaginarias.

Es decir: en el neoliberalismo, con la reestructuración productiva y de los mercados de trabajo y la globalización, unos sujetos declinan y otros repuntan, y su conformación no depende siempre del cara a cara ni tiene que estar reducido a las fronteras nacionales.

AMÉRICA LATINA, SINDICATOS Y NUEVOS SUJETOS SOCIALES

En América Latina, en la mayoría de sus países, hay decadencia del empleo industrial en aras de los servicios precarios. Sin embargo, los países maquiladores como México, y algunos de Centroamérica, han mantenido proporciones elevadas de empleo manufacturero. El neoliberalismo en la región llevó también a una intensificación del individualismo en las clases medias, así como al surgimiento de nuevos movimientos sociales. Estos movimientos no son los ecologistas o feministas, sino el nuevo indigenismo globalizado de Chiapas, Ecuador y parte de Bolivia; los movimientos sociales de *caceroleros* y *piqueteros* de la última crisis Argentina; el movimiento por el Agua en Cochabamba; la impresionante caída del gobierno en Bolivia en 2003, que permitirá a los estudiosos reformular muchas de sus superficiales tesis postmodernas del fin de los grandes proyectos, de los grandes sujetos, de las grandes demandas, justamente cuando el pueblo se levantó, dirigido por la casi occisa Central Obrero Boliviana, contra un intento de desnacionalización del gas, y cuando se le sumaron los

movimientos de cocaleros, de indígenas y de pobladores, todos formando un gran frente e inclusive logrando deponer al gobierno en plena época del Imperio Americano. Estos movimientos deberían mover a la reflexión acerca de la validez de las tesis pesimistas que predominaron después del derrumbe del socialismo real. Es ahora cuando surge el movimiento de los sin tierra en Brasil, cuando nadie daba un centavo por los labradores, cuando las luchas sindicales sufren la terrible mediación de la guerra en Colombia, cuando los trabajadores organizados se dividen en Venezuela en torno a una disputa por el poder político que moviliza a toda la nación.

De esto trata el libro que presentamos. De cómo los sindicatos en América Latina en general se han visto rebasados y quedaron pasados frente a estos nuevos movimientos sociales; de cómo se ha intentado englobar a los nuevos sujetos, por ejemplo la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA); y, finalmente, de cómo a veces han reconocido su autonomía y entablado relaciones más igualitarias sin proclamarse, como en el pasado, vanguardia no ganada en la lucha práctica.

Este libro nos habla del presente de estos nuevos movimientos sociales y sus encuentros y desencuentros con los sindicatos, pero avizora también un futuro que no será la simple repetición de las hegemónicas centradas en sujetos obreros que no pueden reclamar fácilmente la centralidad en el concierto de los futuros frentes antineoliberales. La perspectiva teórica que subyace se encuentra lejos de las abstracciones indeterminadas de Antonio Negri. Para nosotros, el Imperio tiene territorialidad y encarna en sujetos identificables: las multinacionales, el capital financiero, los organismos como el FMI y el Banco Mundial, el gobierno norteamericano y sus aliados desarrollados y subdesarrollados. Asimismo, la resistencia no es producto de un fantástico sujeto universal productor directo o indirecto de plusvalía llamado *obrero social*, sino de una multiplicidad de sujetos, cuya articulación no está garantizada si no se demuestra en la práctica.

Enrique de la Garza Toledo